

por la desconfianza, para hacer que el general castellano abandonase el país que habia agregado á la corona de España, y se presentase en la corte. Estaba firmemente persuadido de haber llenado todos los deberes que la patria y el rey pueden exigir de un caballero, y se disponia á emprender el viaje en el término mas breve. Tenia como el mas puro de sus blasones la lealtad con que habia servido al monarca, dándole extensos territorios, y sentia profundamente que se tratase de humillarle y empequeñecerle en los mismos sitios que habian sido teatro de sus proezas. Por eso habia resuelto salir antes de alcanzar nuevos ultrajes y desprecios, y presentarse al rey, para vindicarse, con la energía que presta la conciencia de haber obrado bien, de las inícuas acusaciones con que habian tratado de manchar su honra. Sabia que la corte estaba muy prevenida contra él por el influjo que en ella gozaban sus enemigos; pero esperaba que sobre ese influjo se pondria su verdad, y que la fuerza de la sinceridad de su palabra, destruiria por completo la cobarde sombra con que la calumnia habia tratado de oscurecer los hechos en que cifraba su gloria y su noble orgullo. Tenia la conciencia de haber hecho servicios importantes á la corona, y llevaba como credenciales de su fidelidad y de los peligros en que habia puesto su vida, las honrosas cicatrices de las heridas recibidas en los campos de batalla. La conviccion que tenia de haber cumplido lealmente con sus deberes, y el noble deseo de que el mundo y su monarca hiciesen justicia á su mérito, aun cuando no alcanzasen otro premio sus servicios, se destaca en las últimas líneas de su carta al emperador. En ellas se mues-

tra celoso de su honra, y con digna y respetuosa altivez, dice al monarca: «Aunque V. M. mas me mande desfavorecer, no tengo de dejar de servir, que no es posible que por tiempo V. M. no conozca mis servicios; y ya que esto no sea, yo me satisfago con hacer lo que debo, y con saber que á todo el mundo tengo satisfecho y le son notorios mis servicios y lealtad con que los hago; y no quiero otro mayorazgo para mis hijos sin éste.»

Con el fin de arreglar lo mas pronto posible todo lo necesario para su marcha á España, pasó de Coyohuacan á Texcoco, ciudad entonces importante, donde residia el rey Cárlos Ixtlilxochitl, á quien profesaba un verdadero afecto. Deseando efectuar en el tiempo mas breve su salida de Nueva España, despachó á Veracruz á su mayordomo Pedro Ruiz de Esquivel, con algunas barras de oro, para que comprase dos buques que acababan de llegar. Esquivel se embarcó en una canoa con seis indios remeros y un negro, y se dirigió hácia Ayotzinco, sitio en que se desembarcaba de las canoas, y llegar así mas pronto á donde se le habia mandado. Hernan Cortés esperó varios dias el aviso de su mayordomo respecto del resultado de la compra de los buques; pero viendo que ninguna noticia recibia de él, se informó de si habia llegado á Veracruz. Nadie supo darle razon del paradero de Esquivel. Su desaparicion era un misterio. Se le habia visto embarcarse en una canoa, pero ninguno le vió salir de la laguna, así como tampoco á ninguno de los indios remeros ni al negro africano. Ni aun la canoa en que salieron se habia vuelto á ver. Hernan Cortés hizo que se practicasen las mayores diligencias para saber lo que ha-

bia acontecido, y transcurrido un mes, fué hallado el cadáver de Esquivel en una isleta de la laguna. Estaba con la mitad del cuerpo enterrado, y desde el pecho á la cabeza fuera de la tierra: tenia una profunda herida en la cabeza, y parte del brazo y de la mano comidos por las aves de rapiña. No quedaba duda de que habia sido asesinado en la laguna; pero no se pudo saber jamás quienes fueron sus asesinos, ni el paradero de los indios remeros, del negro, ni aun de la canoa.

Hernan Cortés dejó encargado de la administracion de sus bienes, á su pariente el licenciado Juan de Altamirano, de quien procede la casa de los marqueses de Salinas, incorporada mas tarde en la de los condes de Santiago, y marchó á Tlaxcala, donde fué recibido con las demostraciones mas expresivas de entusiasmo. Le acompañaban en su viaje sus dos leales amigos Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia. Considerable era el número de personas que iban á verle. La nobleza indígena de Huexotzinco, de Cholula y de otros diversos puntos, así como los españoles, se complacian en ofrecerle sus servicios. No faltaron entre los últimos algunos bulliciosos y amigos de novedades, que le aconsejaron que se proclamase rey de la Nueva España, ofreciendo auxiliarle en la empresa. Hernan Cortés, indignado con una proposicion que juzgaba la mas ofensiva al monarca, les reprendió su deslealtad al rey, les afeó su proceder, pintándoles como la mas negra traicion; y les amenazó con la horca si volvian á pronunciar una sola palabra que indicase desobediencia á las disposiciones del monarca (1).

(1) «Y como Cortés en todo era servidor de su majestad, con amenazas di-

Hernan Cortés no ambicionaba el mando, sino vindicar su honor, destruyendo las calumnias con que habian tratado de manchar su honra y oscurecer sus servicios. Para conseguirlo, creia que era preciso presentarse en la corte, y no habia cosa ninguna que fuese capaz de hacerle cambiar de resolucion.

El aprecio que se habia sabido conquistar con su deferencia entre los indígenas, se demostró de una manera inequívoca en aquellos momentos. El acatamiento rendido al que sube al poder puede reconocer un origen de interés particular; pero las demostraciones de cariño consagradas al que se ve perseguido y sin mando, al que nada puede dar ni de quien nada se espera, solo son hijas del afecto sincero y desinteresado que sienten las almas nobles. Hernan Cortés se veia acusado, destituido de toda autoridad y residenciado: las protestas de estimacion y de respeto que recibia en los instantes en que se disponia á salir del país, no podian ser mas que la espresion de pechos leales y reconocidos. Todas las personas de importancia de la raza indígena iban á despedirse y á ofrecerse á su disposicion: muchos nobles aztecas le acompañaron desde Méjico, para ir con él á España; y en Tlaxcala pidieron marchar en su compañía varios jóvenes, hijos de los principales caciques, entre los cuales iban, uno de los del anciano y ciego Jicotencatl y otro de Maxixca, respeta-

jo á los que le venian con aquellos tratos, que no viniesen mas adelante dél con aquellas parlerías de traiciones, que los mandaria ahorcar.—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

ble senador de la república tlaxcalteca, cuando llegaron al país los españoles, y uno de los amigos más leales de Cortés. También formaban parte en la comitiva de los nobles jóvenes aztecas, dos hijos de Moctezuma, á quienes el general castellano trataba con singular aprecio. El sentimiento de la raza indígena por la partida del general castellano era profundo. Se habia hecho amar con sus actos de benevolencia hácia los naturales durante su gobierno, y hubieran deseado que el mando continuase en sus manos. Desde la rendición de Méjico, se mostró atento con los mejicanos, dejando en sus empleos á los que les habian gobernado; dió posesiones á los nobles, para que viviesen con la dignidad que les correspondia; dotó á varias señoras de la primera nobleza azteca con excelentes repartimientos, casándolas con españoles, con aplauso y satisfacción de los nativos; señaló productivas tierras para los gastos de la educacion de las hijas de caciques que habia establecido en Texcoco, entre las cuales se hallaban cuatro hijas de Moctezuma, y se manifestó siempre atento y deferente con todos los caciques de las diversas provincias de la Nueva España.

Entre tanto que disponia con la mayor actividad su viaje, mandó pregonar que daria pasaje y comida de balde á todas las personas que quisiesen ir con él á Castilla, teniendo para ello permiso del Gobernador. Muchos aprovecharon aquella ventajosa oportunidad, para hacer una visita á la madre patria. El acopio de víveres fué correspondiente á la numerosa y granada comitiva. Los dos buques que habia comprado, se abastecieron de las cosas mejores que habia en la Nueva España, y la cantidad de

comestibles fué extraordinaria, pues «con lo que sobró, dice Bernal Diaz, se hubieran podido mantener por dos años, otros dos navíos, aunque tuvieran mucha mas gente; todo como convenia para un gran señor y rico, como Cortés era.»

Hernan Cortés se propuso al presentarse en la corte de España, no solamente manifestar su fidelidad, destruyendo las calumnias de los que le habian pintado como un rebelde al soberano, sino tambien hacer que se formase del país que habia unido á la corona de Castilla, un concepto elevado, llevando de él todo lo que pudiese conducir al objeto que se habia propuesto. Con este fin reunió curiosas y grandes colecciones de plantas y piedras minerales; aves de las mas hermosas y raras; preciosos mosaicos; tejidos de brillantes plumas; finísimas telas de algodón; diversidad de perfumes y gomas; indios diestros en diversos juegos de volatines, juglares, bufones, albinos, enanos y algunos maestros en jugar la tranca con los piés, que llamaron altamente la atencion en el viejo mundo. Para completar el esplendor con que queria presentarse en la corte, llevó, en barras de oro, una cantidad de doscientos mil duros, mil quinientos marcos de plata, muchas y preciosas joyas, y varias piedras de las que se tenían por esmeraldas, de un tamaño extraordinario; pero que, en realidad, no eran mas que, como ya tengo dicho en el tomo anterior, ciertas sustancias minerales que tenían aquel color, pues en Méjico no habia esmeraldas.

En los momentos en que hacia todos estos preparativos para emprender el viaje, le entregaron varias cartas que habian ido de España por un buque que acababa de lle

gar á Veracruz. En una de ellas le daban la triste noticia de haber fallecido su anciano padre. El corazon de Cortés se inundó de profundo dolor con la infausta nueva. Amaba á su padre con todas las veras de un buen hijo, y la esperanza que le habia halagado de que iba á verle y abrazarle, la vió desvanecida en los momentos en que menos esperaba aquel terrible golpe. Hernan Cortés celebró las exequias de su amado padre de la manera mas digna y solemne. Cumplido con este religioso deber, salió de Tlaxcala á los pocos dias, y llegó á Veracruz donde estaban dispuestos dos buques que habia comprado. Antes de embarcarse se confesó y comulgó, y poco despues se hizo á la vela, dando un adios de despedida á las bellas regiones que habia agregado á la corona de España con su política y con su esfuerzo. Iban con él sus leales amigos Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, y algunos otros caballeros adictos á su persona. Los nobles caciques mejicanos y los jóvenes tlaxcaltecas que quisieron acompañarle, dirigian una mirada cariñosa á las playas de la tierra en que habian nacido y donde dejaban sus familias y sus amigos; tristes por los queridos seres de quienes se separaban, y contentos á la vez porque iban á ver el mundo de los hombres blancos, para volver despues y poder contar á sus compatriotas las maravillas que habian presenciado.

CAPÍTULO XIII.

Llega Cortés á España.—Muere Gonzalo de Sandoval.—Casual encuentro de Cortés y de Pizarro en la Rávida.—Brillante recepcion que la corte hace á Cortés.—El monarca da á Cortés el título de Marqués del Valle de Oajaca.—Varias concesiones que le hace y pueblos que le da en señorío.—Le confirma el nombramiento de capitan general de la Nueva-España.—El Papa concede á Cortés el patronato del hospital de Jesús.—Se casa Cortés con la hija del conde de Aguilar.—Llega á Méjico la Real Audiencia.—Instrucciones que se le dieron.—Conducta reprobable que observó.—Se apodera de los bienes que Cortés tenía en la Nueva-España.—Que en Inglaterra se hacían esclavos y se marcaban con hierro candente.—Providencias del monarca en favor de los indios.—Nombra el rey á Fray Juan de Zamárraga, obispo de Méjico.—Arbitrariedades y excesos cometidos por la Audiencia.—Actos contra los religiosos que defendian en el púlpito los derechos de la humanidad.—La Audiencia hace que se eleve una solicitud pidiendo que no vuelva Cortés á Méjico.—Los obispos y los religiosos, así como otros muchos españoles, piden al rey que quite el mando á la Audiencia.—Parte Nuño de Guzman á la conquista de Jalisco.

1528 y 1529

La navegacion de Hernan Cortés fué de las mas felices. Favorecido por un viento bonancible y constante, llegó á descubrir las costas de la madre patria, sintiendo, al verlas, esa dulce emocion que no es dable describir, y que